

# *Sexo y guerra durante el Posclásico y la Conquista\**

Miriam López Hernández

---

Jaime Echeverría García  
Vicerrectoría de Investigación, Universidad La Salle México

Miriam López Hernández ha destacado en el mundo académico por sus estudios sobre mujeres, género y sexualidad entre grupos nahuas y mayas de época prehispánica, que han resultado en publicaciones tanto de autoría propia como coordinadas, como son *Mujer divina, mujer terrena. Modelos femeninos en el mundo mexica y maya* (Libros de la Araucaria, 2012) y *La vida sexual de los nahuas prehispánicos* (2017), publicado por las mismas instancias que las del libro que ahora se reseña: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México y Universidad Autónoma del Estado de México.

*Sexo y guerra...* es un libro que combina la escritura sencilla y fluida y el rigor académico propio del oficio de historiar. De esta manera, el tratamiento que se le da a la información proveniente de las fuentes coloniales concernientes a la historia y la cultura de los grupos nahuas del Altiplano central, de los códices —principalmente coloniales— y de la cultura material prehispánica —principalmente de producción mexica—, refleja una habilidad analítica plasmada en una narrativa fácil de comprender. Esto ha sido una constante en las obras de Miriam López.

Esta investigación se inscribe en una corriente de estudio de la sexualidad, ya bien instalada en el ámbito académico: la construccionista, la cual va en contra de cualquier postura esencialista y biologicista de la sexualidad, al poner énfasis en la mirada singular y contextualizada de ella. ¿Qué quiere decir esto? Que cualquier estudio sobre la sexualidad debe partir desde un contexto histórico-cultural particular, que permita comprender los variados significados que los miembros de una sociedad, pasada o presente, le han otorgado a aquélla. Para el caso de las sociedades prehispánicas, lo anterior implica varios desafíos: primero, con el proceso de conquista y evan-

\* Miriam López Hernández, *Sexo y guerra durante el Posclásico y la Conquista*, México, Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México/Universidad Autónoma del Estado de México, 2023.

gelización durante el siglo *xvi* se llevó a cabo una destrucción sistemática de la cultura material de los distintos grupos mesoamericanos, que con seguridad arrasó con objetos de contenido sexual; segundo, todas las fuentes coloniales que versan sobre la historia y la cultura de los pueblos precolombinos atravesaron un proceso de censura, y la sexualidad es una de las temáticas sobre las que mayormente se ejerce represión —y más si tomamos en cuenta que fueron frailes los principales autores de dichas obras—; tercero, los grupos de lengua náhuatl no fueron partidarios de plasmar contenidos sexuales explícitos en su cultura material, y sólo de forma velada introdujeron algunos; y cuarto, el estudioso que pretende investigar la sexualidad de una sociedad pasada, puede incurrir en errores de interpretación que lo conduzcan a una “imaginación sexualista” (Echeverría, 2013: 281), en lugar de plasmar una visión apegada a la realidad histórico-cultural de dicha sociedad. La investigación de Miriam López logra sortear cada uno de los anteriores obstáculos.

Después de esta necesaria digresión, entremos en materia. El libro está compuesto por tres capítulos, cuyo hilo conductor son los vínculos metafóricos que los antiguos nahuas tejieron entre el sexo y la guerra, tal como se plasma en los primeros dos capítulos, en los que se explica, por un lado, la conexión entre el parto y la guerra, y por otro, entre el acto sexual y la guerra. Por su parte, el tercer capítulo, que toca fibras sensibles, trata sobre una terrible acción que ha acompañado a las guerras y a los procesos de conquista: la violación de mujeres. Esto ocurrió en época prehispánica y durante el proceso de colonización de América.

Ahora, expongamos el contenido de cada uno de los capítulos. En el primero, “Parto y batalla”, la autora parte desde la base general y certera para interpretar cualquier contenido cultural de las sociedades prehispánicas: la visión dicotómica del cosmos, que tiene como eje la división del mundo en masculino y femenino. Esta visión, instaurada en el tiempo mítico, se instaló en las sociedades nahuas de forma férrea, de tal manera que los roles de género se establecieron desde el nacimiento, a partir del lugar donde era enterrado el cordón umbilical de niñas y niños: el cordón de las primeras se enterraba debajo del fogón doméstico; mientras que el de los niños se enterraba en el campo de batalla. Este acontecimiento delimitaba los ámbitos de acción de los géneros y pautaba las expectativas sociales que pesaban sobre ellos.

Si bien la relación entre lo femenino y lo masculino se planteó desde una visión horizontal y de complementariedad, esto sólo ocurrió en el plano ideológico, pues diferentes prácticas, tanto cotidianas como rituales, evidenciaron la superioridad de lo masculino y el ideal de comportamiento general a partir de éste. En palabras de Miriam López (2023: 39):

La distinción entre hombres y mujeres era clara, no sólo en el rol desempeñado, sino también en los discursos y calificativos aplicados. La glorificación de la mujer a partir de atributos masculinos como la valentía y el autocontrol nos habla del modelo ideal que aplicaba para ambos géneros: el masculino.

Un buen ejemplo de lo anterior fue el acto del alumbramiento. Y aquí nos encontramos con la primera metáfora sexual que estudia López Hernández, que refiere a la similitud que establecieron los antiguos nahuas entre dar a luz y el combate. El acto del nacimiento era un evento sumamente delicado por las altas posibilidades de que la mujer falleciera durante el proceso. De esta manera, el rol que desempeñaba la parturienta se asemejó al rol guerrero de los hombres, y, en esta lógica, la muerte por parto era análoga a la muerte en el campo de batalla. Pero, si el resultado era favorable y la criatura lograba nacer, se decía que la mujer había salido victoriosa en la guerra y hecho cautivo a su hijo. Entonces, la mayor exaltación que alcanzaba una mujer era cuando se igualaba al ideal de género masculino: el ser guerrero. Y si la muerte en el campo de batalla le aseguraba al hombre habitar en la Casa del Sol, la mujer fallecida en el parto era recompensada mediante su deificación.

Desde esta lógica genérica se evaluó el buen comportamiento y la moralidad de las personas. Así, la mujer varonil era la que cumplía con sus quehaceres domésticos y se comportaba de manera correcta. No obstante, la exaltación a partir de lo masculino iba en detrimento de lo femenino, pues si masculino era igual a valentía, femenino era igual a cobardía. En este sentido, los enemigos derrotados en batalla eran comparados con mujeres, y se les vestía con sus ropas, pues lo femenino formó parte de un campo semántico que incluyó los conceptos de pusilanimidad, derrota, pasividad y sujeción. Una de las conclusiones de la autora (López, 2023: 45) de este capítulo es que "Al ser una sociedad guerrera, el manifiesto paralelismo entre el parto y la guerra [...] [guio] buena parte de las atribuciones y los ámbitos de acción social de los nahuas".

El capítulo segundo, "Sexo y guerra", trata sobre otra metáfora sexual: la relación entre el coito y la guerra. El punto de partida preciso para establecer esta analogía es el verbo en lengua náhuatl *yecoa*, "hacer la guerra, combatir". Al llevar esto a las actitudes de los guerreros en el campo de batalla, el buen guerrero fue percibido como una persona con potencia sexual y el cobarde, como un impotente sexual. Para analizar dicha metáfora, Miriam López echa mano de dos de los pocos relatos nahuas con contenido sexual explícito: la guerra entre las ciudades hermanas de Tenochtitlan y Tlatelolco de 1473, y los acontecimientos previos que la detonaron; y un canto dedicado al *tlatoani* tenochca Axayacatl, elaborado por un poeta de la ciudad de Chalco.

Los acontecimientos previos al enfrentamiento armado entre las dos ciudades son realmente fascinantes. Y no lo son menos las acciones llevadas a cabo en dicho enfrentamiento. Resulta que Moquihuix, *tlatoani* de Tlatelolco, tenía por esposa a Chalchiuhnenetzin, quien era hermana de Axayacatl, gobernante de Tenochtitlan. Las fuentes narran que Moquihuix, además de repudiar a su esposa por considerarla fea, tenía gustos y prácticas sexuales excesivos. En tres documentos que narran la historia de Chalchiuhnenetzin se cuenta que su vagina emitió palabras que anunciaron la caída de Tlatelolco y de su gobernante. El análisis al que llega la autora (López, 2023: 54) de esta información es que “El papel de Chalchiuhnenetzin y su vagina es de un agente de cambio político; parece que la profecía fue el resultado del abuso que Moquihuix había hecho de ella. La vulva se muestra como una vagina dentada que defiende a la señora en contra de las agresiones de su esposo”.

Otro hecho muy peculiar y de gran relevancia, que nos habla de la ideología sexual de los grupos nahuas del centro de México, ocurre en un momento en que los tlatelolcas iban perdiendo la batalla. Moquihuix lanzó una acción defensiva que consistió en enviar a un grupo de mujeres al frente de batalla, quienes iban desnudas, las cuales comenzaron a darse palmadas en el vientre y golpearse sus genitales; otras más se exprimieron los senos para expulsar leche; y otras más, semidesnudas, se alzaron las faldas para mostrar las nalgas. Algunas de ellas arrojaban escobas e instrumentos de tejido. Asimismo, iban acompañadas por un grupo de niños, también desnudos, y con ciertos adornos faciales. Todo esto lo hicieron frente a los soldados tenochcas.

La interpretación que ofrece López Hernández (2023: 59) de este pasaje resulta muy sugerente. Ella plantea que “mostrar los genitales, arrojar leche materna y utilizar instrumentos de tejido e hilado para agredir a los tenochcas nos indica que se buscó emplear la potencia femenina para detener al ejército enemigo”. Y más adelante señala que tanto tlatelolcas como tenochcas compartían “la creencia de que la potencia —amenazante y peligrosa— del cuerpo y la sexualidad femenil producía daño y, en un caso extremo, podría utilizarse como una táctica en batalla”. En resumen, la intención de Moquihuix fue manipular la sexualidad femenina para contagiar de ella a los tenochcas y, así, neutralizarlos. Un dato muy interesante que refuerza esta interpretación, pero que no es recuperado por la autora, es el de la práctica de las mujeres nahuas de agregar sangre menstrual a la comida o bebida de sus esposos “para que les quisieran y para que no fueran crueles con ellas” (Garibay, 1967, 116, f. 170v: 45). Esta información, además de hablarnos de un posible contexto de violencia doméstica, también nos dice de cómo la sexualidad femenina, materializada en uno de sus fluidos, era manipulada para contrarrestar la agresividad masculina —además de seducirlo—, ya fuera en el contexto del hogar o en el bélico, como fue la intención de Moquihuix.

El segundo relato que utiliza la autora para profundizar en las relaciones simbólicas entre el acto sexual y la guerra es el llamado "Canto de las mujeres de Chalco", el cual fue escrito por un poeta chalca, en un contexto de tensión política entre esta ciudad y Tenochtitlan. El canto, de tono jocoso y profusamente sexual, está dirigido a Axayacatl y fue representado ante él en 1479, tal como lo consigna el historiador indígena Chimalpahin.

La composición contempla personajes femeninos provenientes de Chalco, los cuales fueron interpretados por hombres. A través de un lenguaje metafórico sexual, las mujeres, mostradas con carácter viril, retan al *tlatoani* tenochca a tener relaciones sexuales con ellas; y mediante un tono burlón, lo llaman impotente sexual y homosexual. En palabras de Miriam López, el canto "ofrece una visión sobre la ideología de género entre los nahuas" (López, 2023: 63), sustentada en un pensamiento binario de opuestos en el que lo masculino se relacionaba con lo "fuerte, activo, valiente, penetrador, dominante, vencedor"; en tanto que lo femenino se asoció con lo "débil, pasivo, cobarde, penetrado, sumiso, vencido" (López, 2023: 68). Frente a esta rigidez ideológica, la inversión del rol de género masculino implicaba para los hombres el escarnio y el repudio generalizados. Dicha inversión ocurría cuando el hombre, pensado como un guerrero por naturaleza, mostraba cobardía en la guerra; cuando era derrotado en el campo de batalla y cuando mostraba una orientación homosexual. Estos contextos hacían de los hombres personas femeninas, y, como tal, personas sumisas y objetos sexuales.

El último capítulo del libro, "Violación y conquista", centra la mirada en el dramático acontecimiento de la violación de mujeres en contextos de guerra, que ocurrió en tiempos prehispánicos y de manera sistemática durante la Conquista, y años después. Las palabras de la autora (López, 2023: 72) respecto de dicha acción son contundentes:

La violación de mujeres del bando perdedor por parte de los soldados vencedores tiene una larga tradición, pues es una de las tácticas predilectas del agresor [...] cuando un soldado viola a una mujer, esa violación no es un acto privado de violencia, sino un acto de Estado, porque forma parte de la estrategia militar para burlarse del oponente. Es, además, muy poderosa, pues al término de la guerra aún quedan marcas de este hecho, con embarazos, enfermedades y graves lesiones físicas en las víctimas.

Este panorama no fue diferente en la época precolombina. La violación de mujeres fue un privilegio reservado para los soldados y gobernantes entre los pueblos de lengua náhuatl, particularmente para los mexicas. Esto no sólo ocurrió en tiempos de guerra, también en el tiempo ordinario. De esta manera, tanto las mujeres del pueblo como las esposas de gobernantes fueron codicia-

das sexualmente. Pese a este escenario, la violación fue considerada un crimen que se castigaba con la muerte, excepto si la víctima era prostituta.

En un segundo momento, Miriam López aborda los contactos sexuales forzosos entre los primeros españoles que llegaron al Nuevo Mundo, algunos de ellos acompañantes de Cristóbal Colón. A partir de dramáticas narraciones de violación de mujeres nativas, la autora (López, 2023: 77) llega a la reflexión de que, “En el imaginario español, América era vista como un cuerpo disponible para violación. Las mujeres nativas fueron concebidas como seres que debían ser domados mediante la violencia sexual”. La práctica de la violación se vio facilitada con la costumbre indígena de donar mujeres como una vía para establecer relaciones de parentesco, amistad y alianza.

El capítulo cierra con una breve exposición de la historia de tres mujeres indígenas, todas de descendencia noble, que les tocó vivir el tránsito entre dos mundos, y cuyos destinos estuvieron determinados por los intereses de hombres españoles. Nos referimos a Malintzin, Tecuichpo y Tecuelhuetzin. De la que más información se posee es de Malintzin o Marina, quien, tras la batalla de Centla —actual estado de Tabasco— en 1519, fue obsequiada a los españoles junto con otras doncellas.

Malintzin nació cerca de Coatzacoalcos y era de origen nahua. Antes de pasar a manos españolas, fue vendida como esclava dos veces. La segunda vez fue conducida a Tabasco, en donde aprendió el maya yucateco. López Hernández (2023: 87) destaca tres habilidades de Doña Marina que le permitieron sobrevivir y tener una posición privilegiada: 1) su facilidad para hablar distintas lenguas, pues, además de náhuatl y maya, también aprendió español; 2) su capacidad de entender el mundo indígena y el español; y 3) el don de la diplomacia, que le permitió evaluar situaciones difíciles para tomar decisiones y aconsejar a ambos bandos. Esto la asimiló al rol del *tlatoani*, pues, como su nombre lo indica, es “el que habla”.

Los documentos pictográficos que la representaron van en la anterior dirección. Se le muestra ricamente ataviada, con volutas que indican la palabra, recolectando tributo y con una figura más grande que las de las demás personas representadas, con excepción de Cortés. Otro de los datos relevantes de su historia es que dio a luz al primer hijo reconocido por el conquistador: Martín Cortés. Al finalizar la Conquista y fallecer todas las personas que la conocieron, el recuerdo de Malintzin se esfumó. Y no fue sino hasta 1826, en el contexto de la Independencia de México, que se publicó la novela anónima *Xicoténcatl*, en la que figura como la Malinche, una mujer seductora que traiciona a su pueblo.

De Tecuelhuehuetzin y Tecuichpo contamos con muchos menos información. La primera fue hija de Xicoténcatl, gobernante de Tlaxcala, y fue ofrecida a Cortés junto con un grupo de princesas, entre otras mujeres. Una vez que

fue bautizada, recibió el nombre de Luisa Xicotencatl, y se le obsequió a Pedro de Alvarado. Destaca su presencia en el acontecimiento de la Noche Triste, pues gracias a ella los españoles pudieron regresar a Tlaxcala para refugiarse. Igualmente, sirvió como intérprete, pues aprendió español, y consejera.

En cuanto a Tecuichpo, conocida en la Colonia como doña Isabel de Moctezuma, fue la primogénita de Motecuhzoma Xocoyotzin, y heredera legítima del trono mexica. Fue casada con su tío Cuitláhuac; y tras su muerte, con Cuauhtémoc. Junto a él vivió el sitio y la destrucción de Tenochtitlan. Se narra que, en 1526, Hernán Cortés le otorgó a ella y a sus descendientes los ingresos del pueblo de Tacuba. Tras haber enviudado por tercera vez, Cortés procreó con ella a Leonor Cortés Moctezuma, quien fue su primogénita. Consciente del papel legitimador de poder de Isabel, que le venía de su padre, Cortés concertó otros dos matrimonios para ella.

Si bien el libro tiene un carácter histórico, nos ofrece una lección para el presente. Ideológicamente, a las mujeres se les ha atribuido una condición natural inclinada a la pasividad y la sumisión. Sin embargo, esta visión no se ajusta a la realidad; de hecho, está lejos de ella. Gracias al rol activo de las mujeres, indígenas y no indígenas, las desgracias experimentadas en nuestro territorio a través del tiempo se han sabido sobrellevar. No obstante, esto ha conllevado un gran desgaste para ellas, por lo que es preciso que los varones compartamos esa carga, y lo hagamos ya. La gran lección de *Sexo y guerra...* es que los roles tradicionales de género deben de evaluarse a la luz de las experiencias de mujeres y hombres de origen mexicano y de las condiciones sociales presentes, que nos haga reflexionar sobre la pertinencia de conservarlos o no.

## Referencias bibliográficas

- Echeverría García, Jaime, 2013, "Pete Sigal, The Flower and the Scorpion. Sexuality and Ritual in Early Nahua Culture", *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 46, julio, pp. 277-88.
- Garibay K., Ángel Ma., 1967, "Códice Carolino: manuscrito anónimo del siglo XVI en forma de adiciones a la primera edición del *Vocabulario* de Molina", *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 7, diciembre, pp. 11-58, recuperado de: <<https://nahuatl.historicas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/78553>>.
- López Hernández, Miriam, 2023, *Sexo y guerra durante el Posclásico y la Conquista*, México, Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México/Universidad Autónoma del Estado de México.